

No tan bizantina...

Por Jorge Ramón SARASA

El presidente de la Real Sociedad de Amigos del País nos ruega publiquemos lo siguiente:

Comentando el volumen del IV Symposium de Prehistoria Peninsular y, al parecer polemizando con una nota firmada por mí en respuesta a otra colaboración suya, D. Vicente Galbete llama «bizantina» a la discusión de si el vascuence ha de escribirse con uve o con be. El Sr. Galbete ensalza también la labor del Symposium en favor «de una auténtica cultura vasca» y no termina su documentada crítica sin preguntarse por qué «el gran público» matriculado en el Symposium estuvo ausente meses después cuando el Congreso Pirenaico, sacando sus propias conclusiones acerca de una supuesta desafección por los temas pirenaicos «pese a la identidad de ámbitos, materias, estudios, y en gran parte, de investigadores participantes».

Dice el articulista a propósito de la orientación del Symposium: «labor seria y profunda (mucho más que por ejemplo, «discutir bizantinamente» si Navarra o Baskonia se escriben con b o con v)». Pero, ¿es que existe siquiera «discusión» sobre el uso de la b en euskera? No, desde luego, entre los «vasco-parlantes». Pregúntese a los niños de cualquier «ikastola», a los que se inician en el euskera yendo a clases nocturnas, a cualquiera que se haya molestado en abrir la más elemental gramática vasca. Se verá que entre ellos no hay duda. Si ésta existe con personas que jamás hablaron, ni estudiaron el vasco... ¡qué más dá! No son ellas las más autorizadas por el sentido común para dar reglas y consejos. También yo confundí el «castrapo» con el dulce y sugestivo gallego que dio íntima forma poética al sentimiento de Rosalía de Castro. Por eso sería estrambótico que terciase en la conocida disputa entre gallegos de si la «morriña» es distinta de la «saudade». O que sin hablar el griego moderno echase mi cuarto a espaldas en la polémica filosófico-lingüística entre el «demótico» y la «catherevoussa», entre Salónica y Atenas. Discutir los que no saben vasco a los que lo hablan las reglas de ortografía del euskera es tan pintoresco como que yo impugne a un editor chino la grafía de Tao The King. Quede claro que entre «euskaldunes» no se discute la carta de naturaleza de la b. Ya sería otro cantar, por razones dialécticas en vías de superación literaria, si hablásemos de la hache.

¿Bizantinismo en todo caso estudiar y discutir algo tan práctico, tan cotidiano como las reglas de ortografía? ¿Pueril un conocimiento de aplicación, de utilidad tan inmediata que dicta el grafismo correcto de la carta al amigo, de la felicitación, del documento, del artículo para la prensa? ¿Cómo calificaremos entonces a estudios de certezas tan hipotéticas y provecho tan remoto cuales las

investigaciones del Magdalanien se que a ciertos amigos de la «auténtica» cultura vasca «muerta» e indiferentes, sino enemigos de la cultura vasca «viva» parecen entusiasmar? Quizás por su carácter de historiador a Vd. puedan resultarle superfluas y hasta «polizantes» las cuestiones ortográficas y las inquietudes por el euskera en cuanto lengua «viva», pero no es preciso esforzarse en demostrar que en una prelación de valores sin despreñar ni desatender ninguna forma de conocimiento o disciplina que nos afecte, los vascos en general estaremos más interesados por nuestra lengua vernácula —realidad de hoy— que por nuestra Protohistoria. Lo contrario sería alarmante, representaría tener parado el reloj de nuestro tiempo. Por eso a los navarros —más vascos que nadie según su artículo— nos molesta cuando se escribe, como por ejemplo lo hizo Vd., «kartas boka arriba», salvo errata como la que nos contó le había sucedido con «asno» por «sano». Yo indiscutiblemente supongo la errata. Creo que Vd. quiso escribir con perfecta ortografía castellana «cartas boca arriba». Y lo creo porque le considero incapaz de poner en solfa de chanza alto tan serio, tan foral, tan suyo en definitiva por navarro y por vascón como la «lingua navarrorum».

¿«Derivaciones politizantes» en las actitudes en pro del euskera? ¡Qué obsesión! Volvamos la oración por pasiva, ¿no habrá cierta politización en el gesto paradójico de cantar la prehistoria de los vascos y rasgarse las vestiduras cuando, conforme a su compartido punto de vista de que los navarros somos vascones, un vasco pamplonés del «gran público» —yo— se levanta para exigir al Symposium en nombre del dinero foral que con esplendidez lo nutre, acciones tan legales, medidas tan coherentes con el enunciado de su convocatoria, soluciones tan unánimemente solidarizadas por la asamblea cual elevar a los Poderes Públicos una serie de recomendaciones para la supervivencia del euskera nacidas de informes científicos, objetivos e independientes como el de la Profesora Echaide en relación al Valle de Esteribar? ¿Tuvo razón el Director de las jornadas Profesor Maluquer de Motes cuando respondió a mi intervención afirmando que el Symposium (torre de marfil de ciencia pura) no podía ocuparse de ese tipo de gestiones? Ya sabe mi contestación al ilustre arqueólogo: la función social de la ciencia, a obligación del saber de convertirse en ciencia aplicada. Respeto la epistemología del Sr. Maluquer de Motes muy dueño, como Vd. por supuesto, de sostener sus opiniones. Pero entonces: ¿por qué fue reunido el Symposium bajo el lema «Problemas de la etnología vasca»? No se me diga que se tomó a la «Etnología» no en la acepción usual y antropológica de Sociología del folklore y de las Culturas autóctonas sino en el

museográfica de «Etnografía». De ser así —harto improbable— no se hubiesen admitido por ejemplo comunicaciones lingüísticas, antropológicas y costumbristas. Resumiendo: ¿por qué a la hora de favorecer al euskera el Symposium ha de ser ciencia pura y a los efectos de encargar —y muy bien encargado— al Profesor Caro Baroja un proyecto para Museo Etnográfico de Navarra, el mismo Symposium ha de ser —y me felicito por ello— ciencia aplicada? ¿En virtud de qué motivaciones, de qué simpatías disciplinares o de qué hipersensibilidad política? Precisamente —como lo dijo la prensa francesa— el Symposium de Pamplona estaba, por su apoliticidad nata, por su objetividad, por su solvencia científica, en condiciones óptimas para recomendar al Estado en relación con el euskera un conjunto instrumental y dispositivo sin cuyo mecanismo será muy difícil salvar el retroceso del vascuence según los propios datos de los ponentes del Symposium, y que por sus capacidades legislativas y de todo orden solo el Estado puede resolver, tal con la presencia oficial del euskera en los diferentes niveles de la Enseñanza, petición urgente que conseguimos finalmente del Symposium en nombre de Los Amigos del País y que meses más tarde ha secundado en sus acuerdos la Academia de la Lengua Vasca.

Al Symposium le correspondió de esta manera, pero merced al tesón del «gran público», la misión de demostrar a las autoridades que las medidas en pro de la conservación del euskera no son fruto de ésta o de aquella corriente de opinión o tendencia ideológica, ni de éste o aquél grupo, sino de las estadísticas reales asépticas, imparciales de una investigación científica que descubre la triste regresión del vascuence. Pero a lo que se ve la arqueología gana en adeptos a la cultura viva. Ya tiene, amigo mío, una respuesta de por qué posiblemente «el gran público» se haya inhibido del Congreso Pirenaico. Porque «el gran público» somos pueblo y el pueblo no comprende que se considere su cultura popular como mera pieza de museo, como fósil, y, en cambio se regateen, como en el Symposium sus reivindicaciones culturales vivas. Por lo demás, mucho antes del Congreso del Pirineo ese «gran público», muy consciente del substractum vasco de la Jacetania, muy conocedor de la navarriedad de Sobrarbe, Bearne, Foix o Bigorre, muy admirador de la fórmula geopolítica de Andorra, conatural histórico de nuestros Baztán, Salazar o Roncal, muy sabedor de la toponimia vasca de una parte de Cataluña, demostró una simpatía y una afinidad con el istmo de la Península denominando espontáneamente a su semilla de galería etnográfica «Museo del Pirineo Navarro». Que no por casualidad a Navarra se la conoce con el sobrenombre de Reino Pirenaico.